

#10,00

ICONOS|12

~~FLACSO~~ - ~~Bibliotecas~~

Revista de FLACSO-Ecuador

No 12. noviembre, 2001

ISSN 13901249

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de **ICONOS**

Director de Flacso-Ecuador

Fernando Carrión

Consejo editorial

Felipe Burbano de Lara (Editor)

Edison Hurtado (Co-editor)

Franklin Ramírez

Alicia Torres

Mauro Cerbino

Eduardo Kingman

Producción:

FLACSO-Ecuador

Diseño e ilustraciones:

Antonio Mena

Impresión:

Edimpres S.A.

FLACSO-Ecuador

Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria

Teléfonos: 2232-029/ 030 /031

Fax: 2566-139

E-mail: fburbano@flacso.org.ec

ehurtado@flacso.org.ec

FLACSO - Bibliotecas

Indice

Coyuntura

6

“Choque de civilizaciones”,

fundamentalismo islámico y geopolítica de la nueva Guerra Fría

Marc Saint-Upéry



13

La reforma fiscal deja intacto el problema del endeudamiento externo

Fander Falconí,

Hugo Jácome

Dossier

22

El círculo vicioso de la transición:

de la democracia formal a la poliarquía

Pablo Andrade A.

33

Una democracia en busca de actores:

reflexiones sobre el proceso político ecuatoriano a partir de la transición

Francisco Sánchez López

47

La crisis política en Colombia

Pedro Santana Rodríguez

54

Reconstruyendo la democracia en Perú:

crisis y transición en la caída de Fujimori

Carmen Rosa Balbi y

David Scott Palmer

Debate

66

“Hay que romper los paradigmas que hemos construido”

Discurso de Fernando Henrique Cardoso

en la recepción del Doctorado Honoris Causa otorgado por FLACSO



72

Apuntes sobre modernidad, reflexividad y política

Más allá de la democracia dialógica.

Natalia Catalina León G.

Diálogo

88

Diálogo con Axel Ramírez: **Las fronteras de la antropología y la antropología de las fronteras**

Mauro Cerbino

Temas

100

La Bruja, la Tunda y la Mula:

el diablo y la hembra en las construcciones de la resistencia afro-ecuatoriana

Paloma Fernández Rasines

108

Como insulina al diabético:

la selección de fútbol a la nación en el Ecuador de los noventa

Franklin Ramírez G.

Jacques Ramírez G.

Frontera

120

Argentina: anatomía de una crisis

Juan Jacobo Velasco

126

**La convertibilidad en Argentina:
lecciones de una experiencia**

Alfredo Calcagno,

Sandra Manuelito y Daniel Titelman

142

Reseñas

148

Sugerencias bibliográficas

151

Contenido ICONOS 11



“Hay que romper los paradigmas que hemos construido”

Discurso de Fernando Henrique Cardoso en la recepción del Doctorado Honoris Causa otorgado por FLACSO

Les voy a pedir permiso para improvisar porque hoy ya di varios discursos. El promedio de discursos de un presidente en visita oficial es de cinco por día. Además, cuando era profesor nunca me gustó tener apuntes para dar clases y menos aún leerlos. Quizás la causa para que se produjera en mi espíritu una cierta aversión a la lectura de notas o apuntes fue mi experiencia cuando entré a la facultad en Sao Paulo. En el año 1932 había tenido lugar la llamada “revolución constitucionalista” en Sao Paulo, y Sao Paulo perdió. La facultad que yo frecuenté fue el fruto de una decisión política del grupo oligárquico de Sao Paulo -plutocrático más bien- que perdió esa lucha por la reconstitucionalización del país en contra del gobierno central, que en ese entonces estaba bajo el mando de (Getulio) Vargas. La elite política paulista tomó la decisión de crear una universidad con la intención de ganar terreno en lo que Gramsci llamaría la hegemonía, es decir, hacer que las mentes y los corazones respaldaran un modo de concebir el Brasil y dieran su apoyo a un retorno de los paulistas al poder. Aclaro que nací en Río, en consecuencia, no hablo en favor de ningún regionalismo. Entonces, se constituyó una universidad y la casa matriz, la casa magna de la universidad fue la facultad de Filosofía, Ciencias y Letras; allí los científicos y los humanistas estaban junto con los filósofos.

Yo entré joven a la universidad, tenía 17 años, la primera clase a la que asistí fue la de un profesor francés quien no tenía ninguna dificultad en enseñarnos Kant, pero dictaba cursos en francés, leía sus clases y la bibliografía era en alemán; naturalmente nosotros no entendíamos nada. Ese

profesor se convirtió en un gran especialista, escribió un libro muy famoso, pero mis primeros momentos fueron, no diría de desencanto, pero sí de preocupación. ¡Por Dios que voy a hacer acá! Al fin, me di cuenta que no era tan difícil mantener una cierta disciplina, pero en mí siempre quedó esa impresión desagradable de un profesor que llega y lee una clase... En aquella época, ese estilo era común en Europa. Más tarde cuando fui profesor en Cambridge se mantenía ese estilo, no así en Francia. Entonces, yo tuve siempre una relación difícil con los papeles, no me gusta leer. Permítanme, por eso mismo, hacer solamente unos comentarios improvisados.

Yo tengo una preocupación por los doctorados Honoris Causa. Hablé algo con las personas que organizaron este encuentro y les dije: “miren yo no quisiera ser una obra magna, yo ya no tengo condiciones para dar una obra a nadie, yo tengo sólo condiciones para volver a aprender”.

Una de las veces que regresé a Cambridge, ya como presidente del Brasil, me otorgaron también un doctorado Honoris Causa. El profesor que me presentó habló en latín, inmediatamente recordé mis primeros años en la universidad cuando no entendía nada al profesor. Parece ser que hizo una muy buena conferencia en latín; yo tuve ganas de contestarle en griego, pero no sé griego. Por todas esas experiencias no quiero hacer nada muy formal en FLACSO. ¿Por qué no quiero hacer nada muy formal en FLACSO? Porque, como ya fue dicho con mucha generosidad por quienes me antecedieron en la palabra y me saludaron, tengo una relación muy directa, muy vital con FLACSO. Hace algunos años salí de Brasil por

causa de un régimen militar; salí por un mes y me quedé varios años afuera. Fui a Chile. En aquel entonces estaba tratando de escribir una tesis. En Brasil tenemos un sistema muy germánico de estudio, hay maestría, doctorado, libre docencia y después cátedra; yo estaba en la fase anterior a la cátedra y con anhelo de terminar mi tesis y volver a Brasil; no pude, me quedé muchos años afuera.

Cuando llegué a Chile trabajaba en la CEPAL. Allí tomé la decisión de trabajar en el área académica. Enseñé en FLACSO, en la Escuela de Sociología de Chile y en la Escuela de Economía, donde enseñé *ad honorem* porque no quería ningún nombramiento ni cobrar sueldo alguno, me bastaba con lo que recibía de la CEPAL. Quería solamente mantener una vida cultural más activa. FLACSO funcionaba en lo que en Chile se llama "el Pedagógico", la Escuela de Educación donde funcionaba también Sociología; FLACSO tenía unas instalaciones muy primitivas, muy modestas. En ese entonces, los años 60, varios profesores dictaban clases, entre ellos Peter Heinz, un profesor suizo de sociología y Johan Galtung, un noruego. Eran años en los que había un extraordinario debate (para nosotros que estábamos entrenándonos en Sociología) entre la teoría funcionalista y la teoría marxista; lo que era tema de discusión cotidiana en los cursos de FLACSO. Toda la base cuantitativa que Galtung trataba de enseñar era percibida como algo ajena a la buena tradición. Yo ya había estado en Francia y tuve la suerte de estudiar primero en Brasil con un profesor francés, Roger Bastide, de quien fui alumno y después asistente de cátedra, y del brasileño Florestán Fernández. En verdad, fueron esos dos profesores los que me han permitido entender un poquito mejor las cosas de la Sociología. En Francia también tomé algunos cursos importantes, allí Raymond Aron era el gran maestro. Con él tome un curso sobre Marx, que luego se convirtió en un famoso libro. Por eso yo no tenía tantos prejuicios antifuncionalistas como el resto de mis compañeros de generación; sin embargo, persistían las dudas sobre la cuestión del cientificismo en Sociología. Esto fue lo que nos motivó, allá en los años 60, a plantear una serie de reflexiones.

Cuando yo trabajaba en la CEPAL, por esos mismos años, la teoría de Prebisch ya estaba con-



Fernando Henrique Cardoso

solidada. Trabajé con él, y en su gran modelo las ideas fundamentales eran las de centro y periferia. El ensayo que con generosidad fue aquí citado ("Dependencia y desarrollo en América Latina") lo escribí en Cambridge y lo escribí para hacer una digresión del pensamiento de la CEPAL. Le envié el ensayo a Albert Hirschman, una persona por la cual tengo una gran admiración, un gran amigo mío, y a él no le gustó nada, fue muy crítico. Lo que se publicó fue en buena medida el resultado de las críticas de Albert Hirschman; por lo tanto, no es mérito mío.

¿Por qué les cuento esto? Porque si yo pude hacer algo fue porque tuve buenos profesores, buena convivencia intelectual y una cierta formación. Yo creo que eso es fundamental. Lo esencial para alguien que está trabajando en las Ciencias Humanas es saber hacer las preguntas adecuadas, plantear las cuestiones de modo tal que haya la posibilidad de un debate académico, de un discurso, y que ese discurso no solamente sea coherente sino que también sea abierto a un tipo de validación frente al proceso histórico, frente a los hechos, frente a alguna metodología que nos per-

mita averiguar si nuestra imaginación no está muchísimo más allá de lo que es razonable. Fue lo que yo hice en la CEPAL y en FLACSO: tratar de hacer alguna indagación para ver si todo el debate que había entonces tenía realmente sentido o no. Yo siempre estuve en contra del rótulo “teoría de la dependencia”; eso me produjo siempre una reacción casi alérgica. Cuando muchas veces escuché por el mundo que yo era uno de los fundadores de la teoría de la dependencia siempre quedé muy inquieto, porque la verdad es que no fue así, más bien todo lo contrario. Enzo Faletto, un sociólogo chileno que trabajaba en la CEPAL, y yo discutíamos con nuestros compañeros de la CEPAL -Oswaldo Sunkel, Aníbal Pinto, el mismo Prebisch, Francisco Weffort, que hoy es ministro y que entonces era mi asistente- las posibilidades de desarrollo de la región. Los planteamientos que existían eran tremendos, sobre todo la idea de que nada va a cambiar mientras no exista una gran transformación que termine con la dependencia, puesto que la dependencia no permitiría que cambiara nada. Nosotros dijimos todo lo contrario, es decir, que a despecho de que existiera una estructura que configuraba una relación de dependencia, había que tomar en cuenta, primero, que esa estructura no es siempre la misma, cambia históricamente, depende de la formación social, depende de cómo históricamente se constituyó la vinculación entre el centro y la periferia (que es muy variable); y segundo, que siempre hay movilidad, dialéctica. Pero... inútil, ganó la idea de otro personaje con quien tuve mucha relación: André Gunder Frank. Yo, incluso, difundí la cuestión de que él era un *Frankenstein*, que él creaba *frankensteins*; la suya fue la visión dominante en los años 60 y 70. Más tarde, una señora que fue alumna mía en Francia (aunque, aclaro, no tengo ninguna responsabilidad por sus decisiones), Martha Harnecker, puso todo eso de una forma muy sencilla, muy directa y totalmente equivocada. La Teoría de la Dependencia que se impuso en el debate fue esa, no la mía. Yo perdí la discusión, el debate yo lo perdí. ¿Por qué les digo esto? Porque en verdad, pese a que hoy soy presidente, íntimamente siempre he sido una persona inconforme. En las apariencias, en el protocolo, yo siempre he sido muy bien educado, pero la gente se

engaña. Toma los modales como si el contenido fuera de aceptación a las reglas vigentes. Yo he estado siempre buscando el cambio, toda la vida mi pasión fueron los fenómenos cambiantes, no los estables. Yo nunca he aceptado postulados como el de aquella teoría de la dependencia que decía “nada va a cambiar porque todo está ahí bajo una regla formidable... hay un mecanicismo...”; aún así, me han caracterizado dentro de esa corriente.

En Estados Unidos, en alguna de las reuniones de LASA (Latin American Studies Association), dicté una conferencia llamada “El consumo de la Teoría de la Dependencia”, que se puso de moda en los Estados Unidos. Me citaban como parte de la moda cuando era exactamente lo contrario a lo que yo pensaba. Entonces, los americanos adoptaron el mecanicismo y el casi fetichismo nuestro, de los pensadores de acá, y lo pusieron en la computadora... fue un desastre. Trataban de probar lo que sí, lo que no, y mataban el movimiento, mataban lo nuevo, mataban lo que me interesaba. Para mí, la pregunta que se planteaba era ¿cómo cambiar las cosas?, ¿cómo entran los valores en todo esto? No es un proceso mecánico sino una obra humana; hay una proyección, unos quieren una cosa, otros una diferente, hay una dialéctica, una pelea, una transformación. Esta ha sido siempre mi preocupación, pero yo perdí la batalla. Siempre fui leído al revés, como si fuera partidario del mecanicismo. Ahora es peor, ahora me critican porque dicen que yo cambié de idea. Yo no cambié nada. Yo estaba en contra de algunas ideas antes y no ahora, de ciertas ideas, tampoco de todas. Cuando las personas están metidas en la contienda política generalmente no tienen tiempo para leer al otro, leen por encima y dicen “sí, claro, el señor cambió de idea”. Inventaron que yo solemnemente había afirmado “olviden todo lo que escribí”. Yo pregunto ¿a quién dije eso? ¿dónde lo dije? No, yo no quiero que olviden nada. Pero la verdad es que creo -y esa quizá sea una afirmación un tanto arrogante... yo no he leído todo lo que escribí en los últimos 40 años, no tengo tiempo para leer, ni paciencia- que una buena parte de lo que escribí todavía vale. No en el sentido de que es inmutable, porque todo cambió. Creo que el gran desafío que tenemos, o que tienen los que todavía pueden dedicarse a los estudios de Ciencias

Sociales, es reconocer que todo ha cambiado. Un pequeño ejemplo: cuando escribíamos “Dependencia y Desarrollo en América Latina”, para hacer hincapié en el desarrollo y no en la dependencia, no existía la palabra “multinacional”, simplemente no existía. Entonces todavía se llamaban “carteles” y “trusts”, y eso para mí fue ayer. Nuestro esfuerzo fue precisamente ver cómo el desarrollo del sistema capitalista había cambiado tanto que permitía la industrialización de los países de la periferia. Yo soy brasileño y en Brasil eso era evidente, se había dado una gran transformación, Brasil pegó un salto enorme en esos años. Los cambios han sido mucho más profundos de lo que uno podría haberse dado cuenta en aquel entonces. La misma expresión que yo utilicé en este libro es equivocada, yo hablé de la “internacionalización de los mercados internos”; no es eso, fue la producción la que se internacionalizó, no fueron los mercados. La transformación ha sido mucho más profunda y siguen siendo aún más profundas las transformaciones por las cuales hoy pasamos. En aquel entonces lo que nosotros queríamos señalar es que las relaciones sociales, de clase, los conflictos, variaban y cambiaban mucho según las situaciones históricas, incluso en la misma región, porque los vínculos entre las partes de la región y el centro no eran iguales; países como Brasil o Argentina disponían de una burguesía nacional, otros países no, eran más bien economías de enclave. Entonces, la intención fue ver cuáles eran los cambios y las transformaciones que estaban ocurriendo en aquel entonces. Nosotros peleábamos contra la teoría dominante de la izquierda en aquella época que era la propuesta de una alianza entre la burguesía nacional y los obreros en contra del latifundio y el imperialismo. A comienzos de los años 60 hice una encuesta entre los empresarios brasileños, y ellos, todos los empresarios nacionales sin excepción, estaban en contra de esta teoría. Querían una asociación con el gran capital internacional, no querían una revolución nacional burguesa a la europea, estaban en otra, y consideraban que el latifundio no contaba para nada, que se estaba resquebrajando. El pensamiento social y político todavía estaba retrasado frente a eso.

En los años setenta, cuando llegó a nuestra región el autoritarismo, también se inventó una teo-

ría mecánica sobre la inevitabilidad del autoritarismo. Según dicha teoría, el autoritarismo correspondía a una fase de desarrollo del capitalismo dependiente. Eso fue otro dolor de cabeza para mí. Yo no creía en eso, pero todos mis amigos, unos más otros menos, creían en esa teoría. Otra vez estaba en oposición al pensamiento dominante. Insistí en que no era así, en que no era inevitable, en que no había ese eslabón de necesidad entre autoritarismo y desarrollo capitalista, en que había una cierta autonomía de lo político, etc., etc... y otra vez me valí mucho de Hirschman en su *Advice for Hope*. Escribí en los Estados Unidos una conferencia que llamé *Advice for Democracy* donde hacía una apuesta por la democracia a despecho de todo. Los mecanicistas de hoy van a decir otra cosa, van a decir que la democracia es un subproducto de la globalización, otro equívoco.

Bueno, ¿a qué voy? En esta escuela, que nació dentro de los debates que he mencionado, debería plantearse la siguiente cuestión ¿cómo han cambiado las cosas y cuáles son los paradigmas que tienen vigencia hoy? Ustedes recordarán que hubo una época en que estuvieron muy de moda las teorías de Kuhn sobre los paradigmas científicos; creo que esa teoría aún tiene valor. En ciertos momentos, las ciencias forman paradigmas y cuesta mucho cambiarlos. Los grandes creadores son aquéllos capaces de romper un paradigma y proponer otro. Creo que estamos en un buen momento para eso: es necesario romper los paradigmas que nosotros mismos hemos constituido, para proponer otra visión. ¿Por qué? Porque los cambios han sido mucho más amplios de lo que uno podía imaginarse. Antes de la caída del Muro

Si yo pude hacer algo fue porque tuve buenos profesores, buena convivencia intelectual y una cierta formación. Lo esencial es hacer preguntas adecuadas, plantear las cuestiones de modo que haya la posibilidad de un debate académico coherente y abierto a una validación frente al proceso histórico

de Berlín todo el mundo creía, por ejemplo, en el enfoque dual del poder y en que todavía era posible la superación del capitalismo por la vía más o menos clásica; existía, además, una forma histórica concreta (la URSS) que servía para apoyar esa visión. Bueno, todo eso desapareció junto a muchas otras cosas.

Los grandes creadores son capaces de romper un paradigma y proponer otro. Estamos en buen momento: los cambios han sido más amplios de lo que uno podía imaginarse. Hay suficientes cosas novedosas e inquietantes pero todavía se está mirando el futuro con los ojos y las imágenes del pasado

Aún cuando las ciencias sociales, incluso la economía, se han volcado a la comprensión de las transformaciones internacionales, y aunque la misma globalización lleva a esta visión, creo que todavía no hemos evaluado las consecuencias de lo que ha pasado, porque han cambiado muchas cosas y han cambiado en muchos sentidos. Han cambiado, por ejemplo, las relaciones sociales. Hoy día hay una inmensa fragmentación de las estructu-

ras tradicionales de clase, inmensa fragmentación. Han cambiado los sistemas políticos. ¿Cuál es, hoy en día, la capacidad de los partidos políticos para organizar efectivamente los intereses y representarlos, cuando las ONG tienen una vigencia quizá más grande que los partidos, cuando los congresos a menudo se organizan no en función de los partidos, sino en función de grupos orientados por cuestiones específicas (en inglés, *issued oriented*) y cuando personas de partidos muy distintos se unifican en función de esos intereses? Mi propia experiencia como presidente me muestra todo esto cuando interactúo con los parlamentarios; a veces miro lo que se llama izquierda, lo que se llama derecha (aunque yo digo que en Brasil no hay derecha, hay gentes atrasadas, no hay un pensamiento conservador digno de este nombre), y sin embargo juntos defienden el mismo interés. El partido no cuenta para nada en este momento, y en el Congreso, hay un intercambio de apoyos en términos de cuestiones muy puntuales; entonces

queda la pregunta: ¿quién se ocupa del interés general? El partido debe proponer una visión de la sociedad y hacer el filtro del interés general. Como eso está desapareciendo, lo que se tiene son organizaciones no gubernamentales que a veces se reflejan en el mismo Congreso. Y el Congreso se convierte en una multitud de pequeños y grandes intereses que se organizan, mientras los partidos quedan al margen.

Son reflejos de los cambios de la estructura social que ya no permite más la existencia de formas políticas aglutinadoras que organicen las naciones en función de una visión del mundo y de los valores, en la forma clásica de los partidos. Es un cambio enorme. Ahora, ¿cuáles van a ser las consecuencias de esto para el interés general, para el mantenimiento de la democracia no solamente como un sistema de representación, sino también como un sistema de vida, de valores, una visión del mundo, una visión de la sociedad; la pregunta del buen gobierno? Pero, además, después se ha dado la penetración entre el sistema financiero internacional y las técnicas modernas de comunicación, las bolsas suben y bajan noche y día en todas partes del mundo, y toda la gente mira la televisión para saber qué paso, qué no pasó, a cada rato, y se puede hacer operaciones ininterrumpidamente noche y día ¿Qué importancia tienen hoy para este tipo de acciones los Estados? Vivimos entonces un momento del post-imperialismo. ¿Cuál fue el momento imperialista? En el imperialismo los sectores económicos necesitaban del Estado para imponer un conjunto de reglas. Hoy día, los sectores económicos no quieren saber nada del Estado; al contrario, quieren imponer sus reglas sin Estado. Entonces, el momento es post-imperialista, ya no se requiere del Estado para los fines económicos.

Sin embargo, vivimos también procesos que requieren del Estado pero por razones totalmente distintas, que no tienen que ver con la lógica del mercado: existe una lógica del mercado, pero ella se impone o intenta imponerse sin la intermediación de los estados y, en cierto sentido y en ciertas situaciones, los estados se vuelven la única escena, la única arena en la cuál quizá sí es posible plantear el interés general. Es por eso que los partidos ya perdieron su fuerza, y esto no ha sido pensado

aún. Seguimos pensando en el Estado como en el siglo XIX y en parte como en el siglo XX. Seguimos pensando lo partidos como hace un siglo...

Se ha descubierto que las vinculaciones se dan de formas mucho más rápidas, que se hacen y deshacen por redes. El gran sociólogo de este tema, Manuel Castells, quien también trabajó en FLACSO, es la persona que mejor ha comprendido la dinámica de este nuevo mundo producido por esas formas de intercomunicación, con esas redes. Ahora mismo (se refiere al conflicto desatado por el atentado a las torres gemelas de Nueva York) asistimos a una especie de lucha entre un Estado y una red o varias redes, no se logra siquiera definir cuál es el otro Estado, el Estado enemigo está disuelto en redes, es una forma nueva de conflicto.

En fin, creo que hay muchas cosas nuevas. Suficientes cosas novedosas e inquietantes para que se intente proponer algún paradigma de comprensión. No me gustan los grandes paradigmas, pero de todas maneras se requiere de un paradigma que no sea totalizante, con alguna capacidad y sensibilidad conceptual que permita explicar lo que realmente está ocurriendo. De lo contrario, habrá un enorme desnivel entre lo que está ocurriendo y cómo la gente está pensando, entre lo que ocurre y los diseños de las encuestas que se están haciendo, entre los nuevos cambios y las interpretaciones, porque todavía se está mirando el futuro con los ojos y las imágenes del pasado.

Yo creo que esa es la gran tarea de FLACSO. Creo que FLACSO tiene una gran responsabilidad porque, primero, tiene y tuvo un papel muy importante en el inicio de las Ciencias Sociales en América Latina. De alguna manera, el intercam-

bio entre FLACSO, más tarde CLACSO y la CEPAL hace posible pensar en una discusión fructífera. Segundo, FLACSO se ha constituido en una red, ahí tiene una posibilidad y la responsabilidad de proponer algo novedoso. Y tercero, porque FLACSO se ha vuelto una escuela de presidentes. Ya somos por lo menos dos -Ricardo Lagos y yo- los que hemos salido de FLACSO, lo cual quiere decir que es una escuela peligrosísima...

Más allá de la broma, eso demuestra la sensibilidad creada por FLACSO que, de alguna manera, mantuvo un espíritu abierto entre la vida académica y las transformaciones sociales. Por las circunstancias, fueron los regímenes autoritarios los que prácticamente nos llevaron, a Lagos y a mí, a volvernos presidentes de la República. Espero que ningún otro Estado autoritario lleve a otro sociólogo a la presidencia. Pero, hay otras muy buenas razones por las cuales aún sin autoritarismo la FLACSO puede servir a nuestra región: reafirmando como una institución donde se reflexionan las transformaciones a las que hice referencia. Una reflexión profunda que implique una visión capaz de revolucionar el modo cómo se ubican esos estudios específicos en el mundo actual, ese es el gran desafío. Ojalá que cuando termine mi mandato en Brasil pueda volver a FLACSO como estudiante y quien sabe si alguno de ustedes o muchos de ustedes puedan entonces enseñarme cuál es la nueva visión. Yo no tendré más tiempo de asimilarla, pero por lo menos tendré la enorme satisfacción de saber que esa nueva visión nació acá, donde recibí un doctorado Honoris Causa, una escuela que me enseñó en el pasado y que va a enseñarme todavía más en el futuro. Muchas gracias.